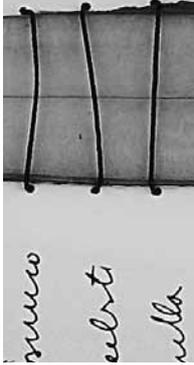




Terra viridis 54. Vaina de fruta, hilo de algodón y tinta sobre papel, 25 x 25 x 5 cm, 2010

Contraste urbano/rural y construcción social del paisaje

♦ Sergio Vargas Velázquez
Arturo León López



Cuando nos referimos al paisaje estamos hablando del entorno habitado y vivido por seres humanos, así como de las maneras en que este es entendido, las relaciones que se establecen con él, y las formas de aprovecharlo y transformarlo. Ante esto, no se puede decir que existan maneras universales de relaciones entre los grupos sociales y la naturaleza, sino que se parte de la existencia de múltiples culturas y grupos sociales, y del encuentro de algunos de ellos en espacios comunes o, al menos, frente a recursos que se comparten y, la mayor parte de las veces, están en disputa, de acuerdo con las visiones, intereses y posibilidades que cada uno de esos grupos tenga.

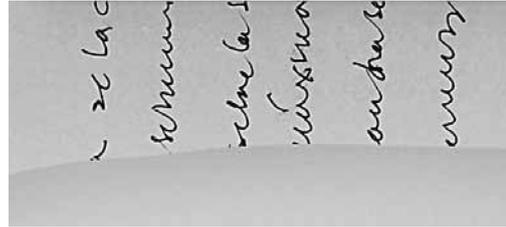
Esto nos da la pauta para plantear que las actividades con respecto al ambiente y los recursos que se llevan a cabo en un espacio determinado cambian constantemente, reflejándose en el paisaje, lo que a su vez transforma las posibilidades de uso de los recursos. Por ejemplo, el acceso a ellos puede verse limitado, y obliga a nuevas formas de uso, actividades e incluso modificaciones radicales tendientes hacia la erosión de esos recursos y que impidan de alguna manera dicho uso.

La noción del paisaje *se construye* en la apropiación de recursos económicos y simbólicos. El paisaje cultural se articula a partir de un primer sustrato de información evidenciado en los distintos tipos de uso del suelo: urbano, rural, natural. A partir de dicho sustrato se configura aquello entendible como cualidades del paisaje y se definen las maneras concretas de aprovechamiento, conservación y explotación de los recursos, esto es, actividades productivas, extractivas o de diversos géneros, realizadas por los diferentes actores involucrados en ellas.

Los paisajes suponen una profunda correspondencia entre los procesos físicos y su significado cultural, en la medida en que se incorporan en cada parte del territorio tal como lo percibe la población, cuyo carácter es el resultado de la interacción de factores naturales y humanos.

En el paisaje existen recursos que se pueden aprovechar e incorporar en la producción de bienes para satisfacer las necesidades humanas, por lo que, desde la perspectiva de una economía extractiva y de ampliación de la frontera agrícola, plantea la necesidad de revalorizarlo. La apropiación del

♦ Profesor e investigador, Instituto Profesional de la Región Oriente (IPRO), UAEM
Profesor e investigador, Posgrado en Desarrollo Rural, Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Unidad Xochimilco



paisaje pasa por la construcción de percepciones sociales, que se convierten en representaciones sociales,¹ las cuales tienen una connotación subjetiva de la construcción de la perspectiva del paisaje que lo reorganiza todo y elabora significados en cada cultura. En los grupos tradicionales y campesinos, esta mirada no separa a la naturaleza de lo humano, al paisaje natural del paisaje cultural, en la medida en que los seres humanos se ven como parte del mundo natural, o viceversa, cuando la naturaleza aparece humanizada en ritos y relaciones simbólicas y éticas. En cambio, en la cultura occidental se establece desde una etapa muy temprana la dicotomía naturaleza/sociedad, en la que el ser humano y la naturaleza aparecen como componentes opuestos.²

En la actualidad, los desequilibrios territoriales nos han hecho volver hacia una visión que reintroduce a la sociedad en la naturaleza, y que reinterpreta la manera en que estos se complementan, estableciendo una relación simbiótica y de coevolución entre ellos. Surge así como paradigma la visión holística del territorio, expresado como un sistema complejo adaptativo. Desde esta perspectiva, el paisaje cultural se puede estudiar de varias maneras: dependerá del carácter nomotético (basado en explicaciones causales) o idiográfico (descriptivo e interpretativo) de la disciplina desde la que se quiera estudiar, aunque las perspectivas interdisci-

plinarias tienden ahora a combinar o complementar ambos enfoques de conocimiento.

Una de esas formas de estudio es el registro de las actividades humanas en el territorio, examinando e interpretando las acciones que determinan la reconfiguración territorial y su génesis. Esto supone revisar procesos sociales relacionados con la distribución física de diferentes grupos humanos y sus actividades, en particular aquellos vinculados con el manejo de recursos, las relaciones de poder en cuanto al acceso a ellos y a su uso, y los procesos económicos y factores culturales asociados con formas productivas; es decir, explicar el funcionamiento de la estructura social y el aprovechamiento de los recursos de un paisaje específico y, de esta manera, entender las modificaciones y alteraciones ambientales de un espacio geográfico específico.

Uno de los momentos que privilegian las ciencias sociales son los conflictos, sean estos por los recursos, por el territorio o por el paisaje, ya que en el momento de la movilización, de la acción colectiva, se evidencia el entrecruzamiento de dos formas de apropiación del paisaje. En Morelos existen conflictos que muestran ambas formas: por un lado, las de ocupación y aprovechamiento de los recursos por medio de la ampliación o presión del área urbana sobre la rural, y por otro, las formas de apropiación simbólica y la lucha por los significados respecto a la conservación de determinados

¹ Denise Jodelet, "La representación social: fenómenos, concepto y teoría", en Serge Moscovici (comp.), *Psicología social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales*, Paidós, Barcelona, 1986.

² Philippe Descola, "Construyendo naturalezas, ecología simbólica y práctica social", en Philippe Descola y Gisli Palsen, *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas*, Siglo XXI, México DF, 2001.

activos ambientales, en los que está en juego cómo se distribuyen las externalidades económicas que propician el deterioro ambiental —quiénes pagan la factura de la sobreexplotación de los recursos naturales—; y desde el plano de las representaciones simbólicas, cuál debe ser nuestra relación ética con nuestro entorno biofísico, el paisaje transformado en el que existimos.

Construcción del paisaje morelense

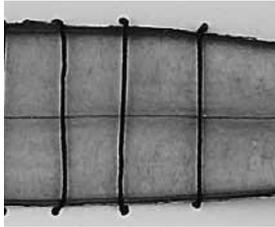
El paisaje original del estado de Morelos, caracterizado por su diversidad natural, ha sido alterado de forma definitiva durante siglos de sucesivas intervenciones humanas (antrópicas), de las cuales una de las más importantes es la urbanización. Los distintos grupos humanos que lo han habitado se han apropiado de sus recursos mediante distintos procesos. La ubicación de los asentamientos humanos estables, con su carga demográfica y prácticas económicas, originalmente seguían el patrón de distribución natural de los recursos, convirtiendo los activos ambientales en activos productivos.

Esta es una primera forma de territorialización del paisaje, entendida como la delimitación de múltiples fronteras sociales basadas en el control que ejercen individuos o grupos sociales a partir de la identificación, definición y producción de un espacio creado, lo cual implica la institucionalización de actos restrictivos o limitativos de las actividades y usos del espacio y sus recursos.

El conocimiento de los recursos permitió su uso selectivo. La incorporación de tecnologías simples llevó a prácticas que si bien produjeron alteraciones, también se adaptaron a las condiciones locales; en cierto sentido, el paisaje cultural coevolucionó con el paisaje natural.

El desarrollo o modernización rompió las limitaciones ambientales con base en el desarrollo tecnológico y en un nuevo tipo de conocimiento de los recursos disponibles, ya no vinculados con las características y necesidades de los grupos locales. Los grupos humanos incrementaron su control sobre los procesos naturales y, en consecuencia, amplificaron la artificialización del paisaje bajo una visión en la cual la sociedad se oponía a la naturaleza. Las tecnologías utilizadas pueden ser muy sutiles o considerablemente agresivas, como la mecanización agrícola, el alambrado de agostaderos, el riego, la introducción de especies foráneas o manipulación de las locales y, ahora, la urbanización concentrada o difusa. Entre los siglos XVI y mediados del XIX se impusieron en Morelos, primero, las haciendas diversificadas, para luego dar paso a las muy especializadas, como las haciendas azucareras. Estas se entreveraron con la agricultura campesina indígena, y en ello tuvo un impacto sustancial la introducción de especies exóticas y prácticas productivas, proceso inteligible como parte del *imperialismo ecológico*³ iniciado con la conquista española.

³ Alfred W. Crosby, *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900*, Crítica, Barcelona, 1988.



Es un hecho que el incremento absoluto de habitantes transforma los paisajes. La expansión demográfica en Morelos, como en muchas otras partes del centro del país, fue explosiva después de la segunda mitad del siglo XX, y con ello las afectaciones del paisaje; transformación cuantitativa convertida en cualitativa, al pasar de 121 mil habitantes en 1868 a 180 mil en 1910, y de 273 mil en 1950 a más de un millón 800 mil en 2012. Las fuerzas que han dirigido esta transformación del paisaje han sido el crecimiento poblacional, la expansión de la mancha urbana y la redistribución de la población en dos corredores urbanos, ahora metropolitanos. Estos procesos ocurrieron de forma simultánea pero causalmente independiente. Tienen como detonantes principales la apertura de la autopista México-Cuernavaca en 1952 y, posteriormente, el desarrollo de la Ciudad Industrial del Valle de Cuernavaca (Civac) y del Parque Industrial Cuautla (PIC) desde la década de 1970, así como la inmigración proveniente del Distrito Federal a causa del terremoto de 1985, junto con la desconcentración de organizaciones gubernamentales y centros de investigación de la ciudad de México.⁴

La población total del estado de Morelos creció 2.5 veces en los últimos cuarenta años. Sin embargo, se observa que a partir de los años noventa el ritmo de crecimiento ha disminuido. Entre 1990 y 1995 se llegó a la tasa máxima con 3.84%, la cual se ha reducido a partir de dicho periodo.

A partir de ese momento se consolidan las áreas metropolitanas de Cuernavaca y Cuautla mediante la agregación de pueblos:⁵ la primera abarca siete municipios, con seis de ellos como centrales, y la segunda seis municipios, con solo tres como centrales. En los últimos treinta años ha habido una disminución en la proporción de personas que residen en localidades rurales. En 1970, un 30.1% de la población estatal vivía en este tipo de localidades. En 2010 era de solo 16.1%, equivalente a la mitad del promedio nacional.

Las relaciones entre los territorios rurales y urbanos se intensifican y toman diferentes sentidos. La presión urbana significa transformaciones en los escenarios rurales pues, por ejemplo, la vivienda de tipo residencial en fraccionamientos de lujo ha tenido un auge importante en los últimos años, así como la venta de tierras en general. El crecimiento urbano induce la fragmentación de territorios productivos y forestales en las zonas rurales, competencia por el uso del suelo y la disponibilidad de agua, junto con la contaminación de la misma. También ocurre el fenómeno denominado *gentrificación*, el cual consiste en la sustitución de la población originaria de un pueblo, mediante la compra de sus casas y terrenos para convertirlos en residencias secundarias, lo cual supone una revalorización de los inmuebles y las actividades económicas en el entorno, así como el incentivo de la ganancia especulativa.

⁴ Sergio Sarmiento Silva, *Morelos: sociedad, economía, política y cultura*, CIICH-UNAM, México DF, 1997; Úrsula Oswald, *Mitos y realidades del Morelos actual*, CRIM-UNAM, Cuernavaca, 1992.

⁵ *Delimitación de las zonas metropolitanas de México 2005*, Sedesol/INEGI/Conapo, México DF, 2007; *Censo General de Población y Vivienda 2010*, INEGI, Aguascalientes, 2011.

Uno de los factores importantes del crecimiento poblacional estatal son los procesos migratorios, incentivados por la demanda de mano de obra para la industria y los nuevos procesos productivos agrícolas. Esto es observable en los índices de población no nativa: Morelos se ubica en el contexto nacional como la quinta entidad con las mayores proporciones de población no nativa, al registrar en 2010 una tasa neta intercensal de inmigración por arriba de 2% y un porcentaje de 27% de población no nativa (migración acumulada).

El crecimiento poblacional aumentó la demanda de vivienda y servicios. Sin embargo, de forma paralela con el avance en la construcción para residencia media se da un avance en la de fraccionamientos de lujo y especulación en viviendas turísticas de lujo. Los proyectos de desarrollo del turismo, establecidos en la década de 1980, propiciaron la especulación inmobiliaria que llevó a la concentración de grandes extensiones territoriales en manos de pocos fraccionadores, lo cual agudizó los conflictos existentes en demanda de la tierra.

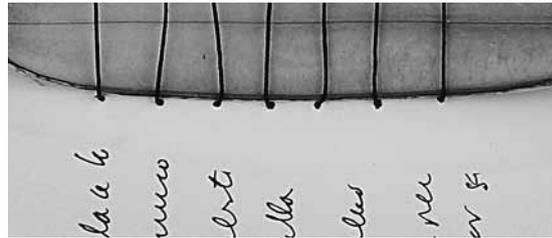
Dado que este tipo de vivienda se construye siguiendo el estereotipo de áreas de recreación privadas, como albercas, canchas de tenis y golf, entre otras, se ejerce una presión sobre los recursos hídricos. Se trata de fraccionamientos “ecológicos” que para mantenerse concentran los recursos en su interior, con lo cual se crean zonas exclusivas de grupos privilegiados al lado de zonas deprimidas

o rurales. Existe un mito con respecto al turismo como generador de divisas, que en Morelos, por el contrario, presiona por inversión y produce una gran cantidad de contaminantes que se arrojan a los ríos y canales de riego de la región.

La urbanización abre carreteras hacia todos los rincones del estado, acerca la tecnología agrícola y crea nuevas pautas de consumo, con lo cual se hacen visibles, como parte del escenario rural, los servicios, estructuras y múltiples elementos propios de las ciudades. Esto acelera también el potencial de movilidad de la población rural hacia las áreas urbanas y produce una urbanización difusa, la cual se caracteriza por la presencia de elementos anteriormente presentes solo en escenarios urbanos pero que hoy conforman las dinámicas rurales, entre ellos la convivencia y disputa por la apropiación de los recursos. El mundo rural va desvaneciéndose o, mejor, se transfiguran “nuevas ruralidades” en las que la agricultura y el entorno natural ya no son centrales.⁶ Así, encontramos baja densidad poblacional y amplios impactos ambientales.

El crecimiento de la mancha urbana sobre tierras de riego ha propiciado la coexistencia de zonas residenciales junto a zonas de cultivo agrícola. En esta nueva dinámica, la infraestructura hidráulica que alimenta los campos de riego existentes se ve seriamente afectada. Aunque la reglamentación exige una zona de protección para estos, las bardas

⁶ Hubert C. de Grammont, “La nueva ruralidad en América Latina”, *Revista mexicana de sociología*, año 66, núm. especial, 2004.



y construcciones se ubican sobre ellos, impiden su desazolve y limpieza y, por ende, aumentan el deterioro. Además, las nuevas construcciones han visto fácil el colocar sus drenajes sobre los canales o barrancas que abastecen de agua a los ejidatarios.

Para las ciudades, estas se convierten en “zonas de peligro” para el tránsito de personas y vehículos, y se llega incluso a taparlos o desviarlos para evitar accidentes. Pero cuando se hace esto no solo se evita que el agua siga corriendo, sino que también se crea un problema urbano, dado que en muchas de nuestras ciudades los canales cumplen el papel de drenajes pluviales. A algunos canales también se les da un uso recreativo usándolos para bañarse y nadar; desafortunadamente, esto tiene consecuencias como la contaminación del agua y los alrededores, pues se dejan en ellos desperdicios de comida y basura.

Entonces se puede ver que el desbordamiento urbano tiene efectos sobre sus alrededores en términos de que junto con él avanza la deforestación de bosques y selvas, la pérdida de tierras fértiles, la sobrexplotación y contaminación de los acuíferos, la contaminación de los ríos, la generación incontrolada de basureros y confinamientos químicos peligrosos y el emplazamiento de incineradores y crematorios que también rebasan el entendimiento ambiental de las autoridades locales.

Este crecimiento de la mancha urbana sin planeación sobre ejidos o bienes comunales se ha dado de manera irregular. Como menciona Sarmiento, ha estado lleno de ilegalidades apoyadas por actores gubernamentales, quienes se han favorecido con la apropiación de tierras o participando en las sociedades de fraccionadores.⁷ Las respuestas de los ejidatarios son heterogéneas, de acuerdo con su cercanía con las manchas urbanas o con los cambios que estas impliquen. Algunos optan por adecuarse a la urbanización; otros, por el contrario, buscan frenar el avance de esta sobre sus tierras.

Las visiones de los grupos rurales sobre el paisaje se complejizan al enfrentarse a la tendencia de crecimiento urbano y a la utilización de todo recurso sin medida, y al separar objetivos, medios y consecuencias del uso de los recursos, así como marcar una diferencia tajante entre sociedad y naturaleza.

En algunos espacios en que la urbanización ha crecido sobre zonas rurales se mantienen, como estrategia de resistencia, espacios de agricultura que conviven, aunque no armónicamente, con las dinámicas urbanas. También se observa que algunos ejidatarios han desarrollado estrategias para conservar sus derechos agrarios sin vender sus tierras y, de esta forma, seguir siendo ejidatarios,⁸ para mantener un espacio de control, ya sea como

⁷ Sergio Sarmiento Silva, “Morelos...”, *op. cit.*, p. 87.

⁸ Luciano Concheiro, “Mercado de tierras en el ejido Santa Inés Oacalco”, en Luciano Concheiro y Roberto Diego (coords.), *Una perspectiva campesina del mercado de tierras ejidales. Siete estudios de caso*, UAM/Juan Pablos Editor, México DF, 2001.

negociación sobre la tierra o para poder especular con sus derechos de agua, la cual ya no es utilizada para riego sino vendida para uso y consumo urbano en hogares, jardines, o en industrias y servicios.

Los procesos urbanos y rurales están dados por objetivos distintos entre sí que se confrontan en el paisaje. Las miradas, usos y acciones de apropiación van en múltiples sentidos, contraponiéndose y llevando a transformaciones sin planeación del paisaje que requieren los distintos usuarios, habitantes e interesados en él.

Los efectos de estas interacciones rebasan las fronteras de lo urbano y lo rural, pues las relaciones son tan complejas que los efectos se dan en la cercanía, pero también en regiones aparentemente lejanas, comunicadas por los medios de comunicación, los mercados, los ríos superficiales y subterráneos, los desplazamientos de la población, las políticas públicas, entre otros.

Transformación del paisaje

El paisaje morelense ha dejado de ser natural. Claramente, un eje importante en la transformación del paisaje está marcado por las dinámicas de urbanización, ya sea en los espacios contiguos a las metrópolis o en regiones no inmediatas. Los cambios han sido agresivos y sin planeación. Los intereses económicos de crecimiento de las ciudades y zonas

industriales se sobreponen a otras visiones de convivencia o apropiación de la naturaleza, así como a los propios ritmos de renovabilidad de los recursos naturales.

En realidad, los relictos de naturaleza existen en función de la dinámica humana de artificialización, de acuerdo con las necesidades de los apropiadores de los recursos, así como con las visiones que se tengan de ellos, es decir, es una cuestión de confrontación de las perspectivas que se tengan del paisaje, así como de disputas de intereses de los participantes, difíciles de conciliar y resolver.

La comprensión de las dinámicas de deterioro del paisaje, de las tendencias y alcances del proceso de transformación y artificialización de la naturaleza, requiere reconocer las distintas miradas desde las cuales se sostienen las prácticas de uso de los recursos, las posturas frente a las disputas y conflictos existentes, así como la comprensión de la capacidad de transformación, adaptación o resiliencia de la naturaleza frente a las acciones de los distintos intereses que se encuentran en juego.

Se vuelve indispensable entender que la conservación de los activos ambientales y las tendencias en la construcción del paisaje dependen ya de las dinámicas sociopolíticas y económicas, en las cuales se requieren acciones para mantenerlo como reservorio, y así frenar y revertir su deterioro.